

Ale  andriæ
.org



www.alexandriae.org

JESUCRISTO, HÉROE DE HÉROES¹

Prof. Lic. Liliana B. Pincioli de Caratti

*“...los bellos poemas no son humanos, obra de
los hombres, sino divinos, obra de los dioses...”*

Platón. Ion

INTRODUCCIÓN

Cuando Odiseo, “harto de prodigios” (1), realizó su *nóstos*, su vuelta al hogar, estaba cerrando el círculo

de un itinerario que había comenzado con la salida desde la patria y culminaba con el regreso a la casa paterna.

De nada valieron tentadoras ofertas de inmortalidad, poder o riquezas de cuanta ninfa, diosa o reina hubo

encontrado en su recorrido: más fuerte era la *nostalgia*, el “dolor del regreso” (2) que le acicateaba el alma.

Y siendo Odiseo un héroe; y siendo –como lo son- los héroes, “modelos ejemplares”, el itinerario del

regreso de Odiseo –que constituye el tema vertebrador de la obra homérica que lleva su nombre- no es otra cosa

que el modelo sobre el cual debía calcarse el obrar del hombre según la visión del mundo en donde este poema

se compuso y se transmitió durante siglos: la Grecia antigua, madre de nuestra cultura occidental.

En efecto, para el hombre griego, como para el hombre arcaico en general, que es siempre un hombre

religioso, escuchar los relatos míticos que narraban las hazañas de sus héroes era

un modo de aprender a diseñar

sus propios actos sobre el dibujo de aquellas *res gestae* arquetípicas:

“...*el hombre religioso...* – dice Mircea Eliade -... *sólo se reconoce verdaderamente hombre en la*

medida en que imita a los dioses, a los Héroes civilizadores o a los Antepasados míticos. En

resumen, el hombre religioso aspira a ser distinto de lo que encuentra que es en el plano de su

experiencia profana. El hombre religioso no se da: se hace a sí mismo aproximándose a los

modelos divinos. Estos modelos (...) los conservan los mitos, los conserva la historia de los gesta

divinos” (3).

El recorrido de Odiseo constituye un *itinerarium vitae*; en su *nóstos* realiza el anhelo atávico de la

humanidad: la vuelta *a casa*; anhelo que es nostalgia del paraíso perdido y dolor de una orfandad que hallará

remedio únicamente en la casa del Padre.

Ese retorno “a la casa del Padre”, abandonada *ab initio*, ha sido añorado por el *homo religiosus* de todos

los tiempos. La noción de un pasado áureo, superior ontológicamente al presente, a partir del cual, por una causa

a veces oscura, la humanidad comenzó a descender hasta el estado actual –desde la Edad de Oro hasta la Edad

de Hierro en el lamento hesiódico- se halla en numerosas cosmogonías de diversas sociedades arcaicas. El

naturalismo religioso, al negar el pecado original, ha retirado esta cosmovisión del alcance del hombre moderno,

ubicando la plenitud en el futuro, ya no como reencuentro del bien perdido, sino como fruto de una evolución

materialista impregnada de sucio optimismo antropológico (4). Y por otro lado, ha retirado la figura del

Antepasado heroico sustituyéndola por un homínido irrisorio que poco o nada puede “enseñarnos” a los

avanzados hombres modernos.

A la noción de paraíso perdido se ha sumado en las tradiciones míticas la esperanza de un retorno a la

edad de oro. El único modo de “retornar” a un tiempo clausurado es la posibilidad de una restauración de los

acontecimientos ocurridos *in illo tempore*. Restauración que pide un “restaurador” más que humano: un Héroe

divino, un dios, un Salvador capaz de devolver la tranquilidad, el bienestar, la paz perdida por la humanidad en

1 Artículo publicado en *Diálogo*. Ediciones del Verbo Encarnado, a.11, 2ª época, n. 36, julio de 2004, pp. 63 -90.

1

aquellos tiempos inaugurales. Junto a la noción de Héroe fundante, se destaca en las mitologías la figura del

Soter esperado, y son innumerables los personajes literarios -e históricos- que aparecen en los textos revestidos

de atributos salvíficos.

La épica heroica se ha ocupado de relatar las hazañas de los Héroes del pasado,

hazañas dignas de ser

conservadas en la memoria de los pueblos porque eran sus modelos ejemplares. Repetir esas historias y procurar

la adecuación de las costumbres a los gestos heroicos fue una constante actitud en los pueblos primitivos, según

atestigua la historia comparada de las religiones:

“El valor y la significación de los actos humanos están vinculados a la calidad que les da

el ser reproducción de un acto primordial, repetición de un ejemplar mítico. El hombre arcaico no

conoce ningún acto que no haya sido planteado y vivido anteriormente por otro. Su vida es la

*repetición ininterrumpida de gestos inaugurados por otros, **otros que no eran hombres**” (5).*

Esas historias no eran “mera literatura”, según como se entiende hoy ese concepto, sino que los relatos

estaban preñados de realidad –y el ámbito de lo real es el ámbito sagrado- sin ser ellos verdaderos: “-Nosotras

sabemos decir mentiras numerosas semejantes a las cosas verdaderas; pero también, cuando nos place,

sabemos decir la verdad - dijeron las Musas al pastor Hesíodo antes de investirlo poeta.

Numerosos son los relatos “semejantes a las cosas verdaderas” que se conservan de los pueblos

antiguos, destacándose por excelencia los grecolatinos. Numerosos son los héroes -que no por arquetípicos,

menos fabulosos – que pueblan esos textos legendarios. Numerosas las alusiones soteriológicas y los mesías que

acá y acullá salvan a elegidas etnias con su accionar caballeresco. Numerosas, en fin, las ficciones semejantes a

la realidad que de ella se han nutrido y conservan su apariencia.

Pero hubo un pueblo que, a la inversa, contó la Historia verdadera como semejante a las fábulas; que

cantó la Realidad con expresiones plenas de poesía y profirió la Verdad como si fuera un cuento: porque a los

hombres siempre les gustó escuchar cuentos, y la verdad se hace amable si el lenguaje con que se la pronuncia

es también bello.

Hubo un pueblo que tenía –más que ningún otro- una historia “digna de ser conservada en la memoria”,

llena de hazañas heroicas, de gigantes combatidos por niños, de ancianos que fundaron linajes, de mujeres que

vencieron a poderosos de la tierra, de guerreros que murieron por su patria, y de numerosos héroes menores que

alcanzaron en la figura señera del Héroe de esa historia su centro y su sentido: porque este Héroe sí es Salvador

y Rey, Fundador y Restaurador, y esa es la Historia Sagrada.

Y la historia sagrada es *también* literatura, ya que:

“...sin rebajar un punto el origen divino de la Biblia, no hay que olvidar que la palabra divina ha

pasado por el molde de la inteligencia humana y se ha vaciado en formas literarias humanas

características de un determinado tiempo y de un determinado ambiente...” (6).

Esta historia, cuyo Autor es el “Gran Novelista” (7), tiene también a su héroe protagonista: modelo

ejemplar por excelencia, prototipo de hombres y de héroes, hacedor de *gestos* fundacionales, *homo viator* que es

también *via*, peregrino que es también morada, restaurador del paraíso perdido y guía a la casa del Padre:

Jesucristo, Héroe de héroes.

LA ÉPICA HEROICA

La voz *épica* deriva del griego *epos*, que significa “narración”. Pero no se trata de cualquier narración, sino

del relato de acciones hazañosas generalmente guerreras, - de ahí que los poemas épicos sean llamados

también “canciones de *gesta*”, del verbo latino *gero*, que significa “llevar a cabo acciones guerreras” – realizadas

por héroes y nobles en un pasado mítico o, al menos, lo bastante alejado en el tiempo como para que un aura de

gloria lo rodee.

El género épico nos transporta a la antigua Grecia, donde alcanzó monumentalidad con Homero, cuyos

poemas, *La Ilíada* y *La Odisea* no sólo son los textos fundacionales de la literatura occidental, sino el modelo

literario insoslayable de toda obra literaria verdaderamente valiosa. En efecto, no hay poeta, por moderno que sea,

que no tenga una deuda con Homero.

Pero Homero no inventó las historias que narra en sus poemas, sino que dio perfección formal a leyendas

y tradiciones que había heredado de su pueblo, y que se remontaban a un pasado lejano para él mismo: los

“tiempos heroicos” que amalgaman, en la noche de los tiempos, la historia con la leyenda. Homero perteneció a la

estirpe de los poetas orales, habilísimos en el manejo de la fraseología poética de su lengua, capaces de

conservar en la memoria -y de repetir oportunamente -, larguísimas tiradas de versos, como lo permitían la

estructura rítmica, metro fijo, clisés y estereotipias de esos textos.

Poetas orales han existido en todos los pueblos y en todos los tiempos, en el estadio iletrado de la

comunidad donde se desarrollaron. Aún hoy es posible escuchar largos poemas orales recitados por poetas

tribales que recuerdan la historia de su grupo social, en aquellos pueblos donde la cultura escrita no se ha

desarrollado todavía. Aedos y rapsodas en Grecia, nabís y meturgemanes hebreos, juglares y trovadores de la

Europa medieval, -y hasta los payadores argentinos-, crearon y repitieron respectivamente cantares que

constituyeron el alimento espiritual de sus comunidades. Conocidas son las investigaciones que Milman Parry

realizó alrededor de 1930 entre los *guslares* yugoslavos –modernos poetas orales iletrados que recitan poemas

cuyo asunto se remonta a 600 años atrás, acompañados por la guzla, instrumento de una sola cuerda que se toca

con un arco como un violín- y que contribuyeron a la comprensión del fenómeno de la composición oral: los poetas

son iletrados, recitan textos de temas heroicos y guerreros utilizando lugares comunes de su tradición literaria, se

acompañan de un instrumento de cuerdas, y poseen una memoria capaz de retener largas tiradas de versos de

estructura fija (8). Asimismo, el Padre Castellani menciona las investigaciones en el campo de la psicología

gestual del Padre Marcel Jousse, aplicables al fenómeno de la composición oral, que explican acabadamente las

características de esos textos entre los que se incluye la Sagrada Escritura (9).

La poesía épica heroica está estrechamente relacionada con la literatura oral, puesto que se trata del

género más antiguo de las literaturas de los pueblos, de modo que los recursos épicos coinciden en gran medida

con los recursos orales. El recurso básico es la *repetición*, bajo diversas formas: metro fijo –como el hexámetro

dactílico homérico-, paralelismos, antítesis, clisés, fórmulas fijas, geminaciones, palabras –broche, enumeraciones,

acumulación de sinónimos, amplificaciones, epítetos...

Es decir, un molde adecuado para que la memoria de los poetas y del auditorio pudiera retener aquellos

versos que los acercaba al plano religioso en tanto daban cuenta de acciones nobles realizadas por héroes y que

se proponían como paradigmas sociales, merced al carácter *gnómico* del género.

El tema central de la poesía épica gira siempre en torno a la figura del héroe y

sus acciones, que por ser

elevadas, trasuntan nociones atávicas, transmitidas a través de generaciones como testimonio de los

acontecimientos ocurridos *in illo tempore*, es decir, en aquel tiempo en que la divinidad convivió con los hombres y

les enseñó todas las cosas. Enseñanza que conforma un *traditum*, un conjunto de verdades reveladas, un corpus

de nociones que los antiguos llamaron *mythos*. En su obrar el héroe repite gestos divinos que a su vez deben ser

repetidos por todos los hombres que pretendan mantenerse en el plano religioso -“la realidad”- y evitar el ámbito

profano:

“Los dioses han creado al hombre y al Mundo, los Héroes civilizadores han terminado la

Creación, y la historia de todas las obras divinas y semidivinas se conserva en los mitos. Al

reactualizar la historia sagrada, al imitar el comportamiento divino, el hombre se instala y se

mantiene junto a los dioses, es decir, en lo real y significativo” (10).

Entre los gestos heroicos se destaca la *virtus* –término que deriva de *vis*, “fuerza”, emparentado también

con *vir*, “varón” en tanto poseedor de cualidades viriles. La *virtus*, en efecto, es una fuerza interior que impele a

realizar acciones grandes, y su ejercicio constante llevaba al héroe clásico a la excelencia. Alcanzar la *virtus* o la

areté era el afán último de los héroes homéricos. El vocablo griego *areté*

*“...proviene de la raíz *ar, cuya significación es adaptar, ajustar perfectamente. La areté*

caballeresca significa pues etimológicamente “adaptación perfecta”. Es la adaptación perfecta del

ser, de toda la existencia de un hombre a la idea primigenia, perfecta, que Dios se ha forjado de él

al crearlo. La areté es la realización, la puesta en acto de todas las potencias de ese ser, de ese

hombre; el a abarca al hombre total” (11).

Para lograr esa “adecuación perfecta”, el héroe se ejercitaba desde niño en disciplinas del dominio físico y

del dominio espiritual que lo convertirían en *kalós kaí agathós*, o sea, dueño de belleza y bondad caballeresca. De

ahí el carácter *agonal* de su existencia: de *agón*, “lucha”, “combate”. Debía poseer destreza física, tanto para la

3

guerra como para los juegos, -que eran ocasión de prepararse para aquélla- y destreza espiritual y moral para su

desempeño en el ágora, en las asambleas con sus pares: “*El dominio de la palabra significa la soberanía del*

espíritu” (12). El héroe homérico aspiraba a ser “*primus inter pares*”, y en la confrontación con sus iguales y el

reconocimiento que éstos hicieran de su valer radicaba su honra y su gloria, y buscaba de realizar hazañas que

perpetuaran esa gloria por los siglos venideros, cuando su figura no corriera ya por los campos de batalla tras la

victoria, mas surcara versos inmortales “*más perennes que el bronce*”. Por eso para Jaeger, la areté era

expresión “...del más alto ideal caballeresco unido a una conducta cortesana y selecta” y “heroísmo guerrero” (...)

“Su raíz se halla en las concepciones fundamentales de la nobleza caballeresca” (13) y a los héroes “no es posible

imaginarlos viviendo en paz. Pertenecen al campo de batalla” (14).

Los héroes pertenecían al linaje de los dioses: eran hijos directos o descendientes de uniones entre

mortales y dioses. Eran *semidioses* y pertenecían a la clase social dirigente, a la nobleza. Ese carácter dual de su

naturaleza era el cimiento necesario para el desarrollo heroico. En la concepción homérica del héroe no hay lugar

para la plebe.

El noble, pues, era quien podía acceder a la areté, siempre y cuando se esforzara en ello.

Aunque semidioses, no escapaban al sino de la muerte, ni al dolor, ni al sufrimiento, y debían ellos mismos

rendir culto a la divinidad. La *religio* y la *pietas* eran virtudes fundamentales en sus vidas, pues su cultivo

significaba no sólo la protección de los dioses, sino su permanencia en el *cosmos*, en el orden establecido por los

Inmortales y cuya transgresión acarreaba severísimos castigos. Efectivamente, quien obraba movido por la *hybris*

(*soberbia, locura, necedad*), se hacía acreedor de penas inauditas hasta que expiara su culpa y se restaurara el

orden alterado. En Homero hallamos exhortaciones a la medida: “*meedén ágan*”, “*nada en demasía*”. La

proporción, el sentido de los propios límites, - la prudencia, en fin -, eran cultivados por estos hombres que

buscaban la gloria pero sin pretender equiparación alguna con la divinidad. La *soofrosyne* se oponía a la *hybris*, y

era virtud de los magnánimos, por ello el sacerdote aclara a Edipo:

“...*Ni yo ni estos muchachos que estamos aquí suplicantes pensamos que seas igual a los*

dioses, pero sí te juzgamos el primero de los mortales en las vicisitudes de la vida...” (15).

Las acciones de los héroes repercutían en la vida de los pueblos, puesto que eran sus cabezas y los

intermediarios entre la divinidad y los mortales. De ahí que Homero l ame repetidamente a los reyes “pastores de

pueblos” y “pastores de hombres”: *poimeen laoón*(16). La negativa del rey de reyes Agamenón de devolver a

Criseida, hija del sacerdote de Apolo, Crises, ocasiona la ira del dios flechador y la peste que portan sus flechas

diezma a los helenos; igualmente su *hybris* contra Aquiles provoca la cólera de éste –tema de la *Ilíada*-, y su

consiguiente retiro del campo de batalla, “*cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos*” (17). La muerte

no vengada de Layo atrae la peste sobre la Tebas gobernada por el parricida Edipo, rey que había sido aclamado

por los tebanos como “padre” y “salvador”: “...*hoy esta tierra te aclama como a su salvador, porque te preocupaste*

de ella” (18) y ahora tenía en él al causante de su infortunio . La adjudicación a la ira divina sobre los reyes que

hacían los antiguos de toda calamidad colectiva puede verse también en el Antiguo Testamento, con las siete

plagas de Egipto.

De manera que de los actos del héroe dependía en cierto modo la felicidad de su pueblo. Por ello mismo,

cuando, habiendo alcanzado la victoria en sus combates y asegurado a su grey bienestar y paz, volvía “a casa”

rebosante de gloria, era considerado “soter” y su entrada triunfal en la ciudad era aclamada públicamente en una

fiesta multitudinaria. La obediencia del héroe a las leyes sempiternas era garantía de areté y fama imperecedera.

El prudente Odiseo, el divino Aquiles, el piadoso Eneas, o el gran Héctor de tremolante casco, son otros

tantos testimonios de cuáles eran las virtudes caras a los antiguos - virtudes que se advierten en sus epítetos

épicas- y en los versos inmortales de Homero y de Virgilio (19) continúan librando las batallas memorables que

nos recuerdan que es *milicia la vida sobre la tierra* y que el premio lo obtiene el más esforzado, el más animoso, el

más *heroico*.

El trayecto que recorre el héroe desde su infancia hasta la adquisición de la areté y consiguientemente la

gloria de una vida de la fama constituye un verdadero *itinerarium vitae* que se desarrolla casi siempre en un

itinerario físico, en un desplazamiento espacial que es correlato y ocasión del recorrido espiritual. Recorrido que

culmina siempre en *anagnórisis*: reconocimiento que hacen los demás de la identidad elevada del héroe y

autorreconocimiento o adquisición del *conocimiento de sí mismo*, como mandaba el dios de Delfos. Cuando

Odiseo regresa a Ítaca, es reconocido paulatinamente por la gente de su casa; una de las claves de su identidad

era una cicatriz que desde niño tenía en un pie: “*Euriclea se acercó a su señor, comenzó a lavarlo y pronto*

4

reconoció la cicatriz de la herida que le hiciera un jabalí con sus albos colmillos...” (20). Edipo tenía también en los

pies las marcas de los hierros con que había sido encadenado de niño, de ahí su nombre *Oidípous*: “*pies*

hinchados” .

El héroe era por tanto un *homo viator*, y su vida toda un *status viatoris*.

Si bien cada héroe realiza su propio trayecto, porque el camino de la perfección es individual, es posible

establecer un paralelo entre los recorridos de los diferentes héroes, recorridos que, por otra parte, han servido de

modelo para la creación literaria de tantos personajes *viatores* que pueblan las literaturas modernas.

Graciela Coulson en su análisis de Adán Buenosayres de Marechal (21), propone el siguiente esquema:

1- Vocación o llamado

2- Preparación o iniciación.

3- Reconocimiento del terreno y salida a la acción.

4- Vencimiento de obstáculos.

5- Pasaje por la oscuridad.

6- Muerte y resurrección.

Todos los héroes son conscientes, en mayor o menor medida, de haber sido llamados a una misión

impostergable. En especial, el piadoso Eneas se presenta como modelo de obediencia al mandato divino; su

vocación es hacer la voluntad de los dioses, de ahí su epíteto: es el *pius* por antonomasia.

Tanto Eneas como Odiseo, en cuyas aventuras erráticas se inspiran los primeros seis libros de la Eneida,

recorren un trayecto plagado de obstáculos que amenazan desviarlos de su meta: ofertas de riquezas, de poder,

de inmortalidad; peligro de muerte o de enfermedad o de desvarío; asechanzas de enemigos naturales y

sobrenaturales; cansancio, tedio, temor... Pero todos son sorteados por los héroes merced a su obediencia a los

preceptos divinos y al apoyo especial de la divinidad que los ampara y sostiene: Atenea o Venus, protectoras de

Odiseo y de Eneas respectivamente.

Un momento de ese trayecto es el “pasaje por la oscuridad”, que en los clásicos se manifiesta como un

descenso *ad inferos* -motivo literario que se ha transformado en tópico y que ha recorrido la historia literaria hasta

nuestros días, con distintos matices (22). Por un privilegio especial, y contando con ayuda sobrenatural que

garantice su regreso, los héroes pueden en vida penetrar en los abismos del Hades y establecer contacto con los

muertos que allí moran, con diversas finalidades: para consultar sobre el futuro – tal el caso de Odiseo y de Eneas–

o para rescatar a alguien – Orfeo a Eurídice, Heracles a Teseo, Dionisos a Semele, Pólux a Cástor, etc. En ese

pasaje se cumple la “purificación” del héroe. El regreso al mundo de los vivos significa una nueva etapa en su

trayecto, ya consolidada su personalidad y su vocación.

En cuanto a la “muerte y resurrección”, puede tratarse de una muerte simbólica, en tanto despojo de un

modo de ser y adquisición de una nueva fisonomía espiritual, de una maduración, de una asunción de sí y de su

misión. O puede tratarse de una muerte real con la posterior *apoteosis* del héroe, como se ve en el mito de

Heracles.

Hasta aquí, en apretada síntesis y a grandes rasgos, hemos señalado los elementos constitutivos del

héroe clásico que han servido de fuente para la literatura occidental durante siglos. En la actualidad asistimos a

una *demitificación* del héroe, acorde con las posturas deconstructivas y desacralizadoras de una sociedad que

exalta la mediocridad y duda de la *heroicidad* de los héroes. Y la crítica literaria, atenta a los “signos de los

tiempos”, l eva gran parte de esa faena, solazándose en remplazar la paradigmática figura de los héroes

tradicionales por antihéroes prosaicos y exentos de la belleza y el esplendor glorioso de los antiguos.

MITOLOGÍA Y EVANGELIO

Es bien sabido que Nuestro Señor no escribió ningún libro, porque fue *poeta oral*, y como tal creó obras

literarias impecables, joyas de la literatura universal, como son las parábolas. Para enseñar la Buena Nueva hizo

uso de la poesía, que es el modo como pueden expresarse en lenguaje humano los misterios arcanos, merced a

la metáfora, la alegoría, el lenguaje simbólico, las figuras de dicción, en fin, todo el aparato retórico que permite,

5

de alguna manera, la expresión de lo inefable. Y al mismo tiempo que enseñaba bellamente la Verdad a sus

contemporáneos, dejaba su catequesis grabada en la memoria del auditorio y, especialmente, de los repetidores

– *meturgemanes*- suyos y de sus discípulos, gracias a las características de la poesía oral que ya hemos señalado.

El anuncio de la Buena Noticia fue siempre preferentemente oral - y lo sigue siendo en la Iglesia hasta el

día de hoy -, puesto que

*“la religión de Cristo no se fundó sobre un libro...sino sobre la **predicación y acción** de un*

soberano nabí; la cual por suerte se fijó más tarde con toda fidelidad por

*escrito; pero sin dejar de
ser nunca lo que fue” (23).*

Predicación y acción: he ahí el contenido de los evangelios. Cuando fue vista la necesidad del registro

escrito de la buena nueva, los escritores sagrados no se limitaron a asentar las enseñanzas verbales del Mesías,

sus parábolas y prédicas: anotaron también las acciones o *gestos* del Señor, aunque no todas las cosas que hizo

y dijo, porque “*si se quisiera ponerlas por escrito, una por una, creo que el mundo no bastaría para contener los*

libros que se podrían escribir” (Jn. 21, 25).

Nuestro Señor fue un poeta que compuso poemas cuyo personaje principal es él mismo: Él es el padre

que esperó al hijo pródigo, Él es el rey, el juez, el hacendado, el sembrador, el pastor... pero no sólo estuvo

detrás de cada personaje de sus parábolas, sino que su propia vida entre los hombres fue la Gran Parábola, y su

ingreso en la historia de la humanidad fue la Gran Historia que debía contarse: la historia de Dios que se hizo

hombre para salvar a los hombres. Esta sí que era una buena noticia *digna de ser conservada en la memoria.*

En el prólogo a su evangelio, Lucas da a Teófilo las razones de su redacción:

“Puesto que muchos han emprendido el trabajo de coordinar la narración de las cosas

verificadas entre nosotros, según que nos las transmitieron los que desde el principio fueron

testigos oculares y después ministros de la palabra, he resuelto yo también, después de haberlas

investigado escrupulosamente desde su origen, escribírtelas por su orden, excelentísimo Teófilo,

para que reconozcas la solidez de las enseñanzas que recibiste” (Lc.1, 1 –4).

En estos versículos se manifiesta la autenticidad de los hechos que se van a narrar: no es ficción literaria,

sino relato de hechos *verificados escrupulosamente*; el autor no inventó la historia, sino que la recibió de otros: los

testigos directos. Y la intención del autor es didáctica, no recreativa.

También los antiguos repetían relatos de testigos que, *in illo tempore*, habían aprendido de la divinidad

todas las cosas, y los transmitían con intención didáctica: esos relatos de contenido religioso y carácter gnómico

fueron los mitos –del griego *mythos*, “*verdad revelada*”. Los mitos, tal como se conservan actualmente,

provenientes de diversas culturas, y de datación arcaica, son los restos de la protorrevelación que quedaron

mezclados, en los pueblos paganos, con fabulaciones humanas. La protorrevelación recibida por Adán fue

transmitida a todo el género humano, pero se conservó intacta sólo en el único pueblo que permaneció

monoteísta, y por especial protección de Dios: el pueblo hebreo. Los demás pueblos, por apostasía, cayeron en

el politeísmo y vieron contaminarse el *traditum* religioso hasta convertirse en narraciones fabulosas con

“contenido religioso” (24):

“...los mitos de las religiones paganas guardan una relación concreta con

*la proto –tradición que pervive en ellos pero deformada. Los tradita
conservados en los mitos se*

*encuentran desfigurados por la intervención de la inteligencia humana, pero
valen en tanto son*

*ecos o restos de un auténtico antecedente religioso. San Agustín en sus
retractaciones describe*

*esta situación diciéndonos: “Esa cosa que ahora l amamos religión cristiana,
existía también entre*

*los antiguos, y no ha estado nunca ausente desde el comienzo del género
humano hasta que el*

*Cristo apareció en la Carne: en ese momento, la verdadera tradición, que ya
existía, comenzó a*

*l amarse religión cristiana”. Es, pues, en la tradición doctrinal cristiana y en el
misterio de la Iglesia*

*donde hallamos la fuente viva de la tradición que salva todos los elementos
positivos de la proto –*

tradición y los integra en la Palabra revelada por Cristo” (25).

Los mitos, por tanto, no son de exclusividad griega, sino de la humanidad gentil en general; sólo que en el

mundo grecolatino alcanzaron una plasticidad y una altura poética inigualable. Ya Platón había tratado de

delimitar, en el corpus mítico que había llegado a su época, qué mitos contenían verdades reveladas y cuáles no:

“Mi opinión personal es que Platón no estuvo precisamente en condiciones de llevar a

cabo esa empresa. En el conjunto total de la tradición mítica que de hecho llegó hasta él no le fue

realmente posible distinguir y separar lo verdadero de lo falso, el núcleo de la cáscara, lo esencial

de lo accesorio. El pensamiento precristiano tropezó aquí con una frontera que no pudo superar”

(26).

La fuente escrita más antigua que poseemos de los mitos en Grecia son los poemas homéricos. También

las tragedias, que tomaron sus temas de los ciclos épicos –y, en fin, el conjunto de las composiciones griegas y

latinas- son testimonio del traditum mítico. Y nosotros, desde esta ladera, ya conocedores de la Buena Nueva que

trajo el cristianismo, podemos hallar en el entramado de la mitología griega abundantes hilos que, entretejiéndose

con la fantasía, dan cuenta de la Verdad histórica más importante de todos los tiempos: el anuncio de la venida al

mundo de un Salvador. Esos *hilos* son los *Semina Verbi*, *semillas del Verbo*, que pueden recogerse como

preciosas perlas en el mar del paganismo.

El traditum mítico no contenía, por tanto, sólo el relato de los acontecimientos ocurridos en los inicios de la

humanidad – verbigracia: origen del cosmos, creación del hombre, convivencia entre los hombres y la divinidad,

caída original, pérdida del paraíso, diluvio universal, torres levantadas hasta el cielo... que con distintos matices

aparecen en numerosos mitos de diversos pueblos (27)- sino también la promesa de la Redención por un Soter

que es un Dios-hecho-hombre y la restauración del paraíso perdido: el regreso de la Edad de Oro. El principal

rasgo de esa edad de oro que lamentan las mitologías es la pérdida de la relación de convivencia entre Dios y el

hombre. *In illo tempore* Dios estaba presente entre los hombres, y se retiró de en medio de ellos luego de la caída

original: el regreso de esa Edad perdida significaría un retorno de Dios al mundo y una reinserción del hombre en

el espacio sagrado. La nueva “Edad de Oro” tendría el carácter de re –creación: el comienzo de una verdadera

“nueva era”, el nacimiento de un nuevo ciclo temporal:

“Ya del canto de Cumas ha llegado la edad postrera;

de nuevo nace un gran orden de siglos.

Ya vuelve también la Virgen, vuelven los reinos de Saturno,

Ya una nueva progenie es enviada desde lo alto del cielo”.

Virgilio, Égloga IV, vv. 4 –7.

Las profecías que conservaban desde tiempos inmemoriales las Sibilas de Cumas anunciaban la venida

de un Soter:

“...la idea de la encarnación de un dios se da históricamente por otras mediaciones tal vez

no tan canónicas [como la revelación veterotestamentaria] y en otros ámbitos; estos intermediarios

de una fe teológica expresa en el Salvador son las Sibilas, receptoras válidas de una revelación

concreta y oficializadas desde Lactancio en el siglo IV... ” (28).

Virgilio, en los albores del cristianismo, indica en este texto que el tiempo señalado por los oráculos

sibilinos para el nacimiento del Salvador ya se ha cumplido, y por eso regresan la Virgen – la diosa Justicia que se

había ido de la tierra durante la Edad de Hierro, “*empapada en sangre*”, dice Ovidio- y Saturno, el dios que regía el

cosmos durante la antigua Edad de Oro.

La Encarnación del Verbo ocurre en la “plenitud de los tiempos”, momento esperado por la humanidad

toda. Él es la “nueva progenie enviada desde el cielo” para restaurar la Justicia y expiar la culpa –hybris- de la

humanidad; Él es el soter que devuelve el orden al *cosmos* y se establece mediador entre Dios Padre y los

hombres.

Puede decirse, por tanto, que el héroe antiguo fue moldeado sobre la noción que la humanidad tenía del

futuro Héroe, y por eso Jesucristo es el Héroe de héroes: en Él se plenifica la concepción del héroe clásico.

Jesucristo es el héroe de la más hermosa historia jamás contada. Todos los héroes anteriores a Él son

sólo una pálida sombra del Héroe que la humanidad esperó durante siglos. Y los

héroes posteriores a Su venida

que habitan las páginas de los libros, se inspiran en Él, porque no nos ha sido dado otro Nombre sobre la tierra

por el cual salvarnos.

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO COMO HÉROE ÉPICO

7

Con la venida del Cristo al mundo se abre una nueva página en la historia de la Humanidad. Un tiempo

nuevo surge entre los hombres para siempre: el tiempo de la Redención. La proto-revelación tiene en Él su

cumplimiento; Él lleva la Ley a su plenitud y a su perfección. Nuevas leyes que no anulan pero perfeccionan las

antiguas son dadas a los hombres; nuevos *gestos* son proporcionados para su emulación por el Rey del Universo.

Todas las palabras y acciones del Salvador del mundo son paradigmáticas, y por eso sus discípulos las registran

minuciosamente, primero en su memoria y luego por escrito, a fin de dar testimonio de lo “visto y oído” a todos los

hombres. Los sucesos ocurridos en Palestina “en aquellos días ” -“*in il is diebus*”, “*en taís heemérais ekeínais*”,

anota San Lucas- deben ser conservados porque constituyen los tiempos inaugurales de la nueva era o *eón*, en el

cual confluyen todos los tiempos –eones- precedentes y futuros y por eso es su “plenitud”:

“...la clave que permite entender toda la misteriosa ordenación divina de los eones, es

una: Cristo, el Hijo, a través del cual fueron hechas todas las cosas, que sostiene todo con su

palabra poderosa. Él es la luz que permite comprender y comprender las Escrituras, la Historia,

la Creación. Él es el que permite el acceso al eón definitivo” (29).

El eón es la Edad de Oro esperada por los antiguos, en la que la divinidad retorna al mundo en la persona

de un Héroe Salvador. No sólo en Occidente, con las Sibilas, se había conservado la profecía de su nacimiento:

también unos Astrólogos o Magos, “que venían de Oriente traídos por el misterio astral que anunciaba el

nacimiento del Cristo, tenían la convicción de que el Rey del Mundo había de llegar a una pequeña población de la

Palestina. Era un conocimiento tradicional, una vieja sabiduría astrológica lo anunciaba y los hombres

especializados en la contemplación del zodiaco lo sabían” (30).

Sólo una interpretación “Cristocéntrica” explica acabadamente la Historia y todo el quehacer cultural de la

Humanidad. Porque “*cuando se pierde el sentido de los signos religiosos comienza la verdadera ceguera para el*

discernimiento en profundidad de la historia” (31).

La Primera Venida de Cristo instauró entre los hombres un tiempo sagrado, un espacio luminoso en

medio de la oscuridad en que estaba sumida la humanidad. El mundo fue otra vez, por unos años, el *hogar*. Y

cuando se retiró de en medio de los hombres, quedaron éstos mirando hacia el

Cielo, con el alma impregnada de

nostalgia de ese tiempo transcurrido en compañía de Dios; y en esa actitud seguimos los que esperamos su

Regreso en la Segunda y definitiva Venida.

Así como los antiguos conservaban en sus mitos los *gesta* heroicos realizados *in illo tempore* a fin de

imitarlos y mantenerse en el ámbito sagrado, del mismo modo el evangelio conserva para nosotros los gestos que

Jesucristo realizó *in illis diebus*, cuando el mismo Dios hecho hombre volvió a convivir con los hombres en el

mundo y asumió sobre sí la *culpa* de la humanidad, y *expiándola* devolvió a los hombres la amistad con Dios. Y

luego, antes de marcharse de este mundo, dejó la precisa indicación de que sus *gestos* fueran repetidos para

siempre; en especial aquél que Lo perpetúa entre nosotros en la Sagrada Eucaristía: “*Haced esto en memoria*

mía”.

Los héroes paganos, moldeados sobre la figura del Héroe arquetípico que habría de venir, son, pues,

anticipo de la epifanía o manifestación de Dios a la humanidad. La naturaleza dual de los héroes homéricos es

prefiguración –con sus limitaciones, por supuesto- de la doble naturaleza, divino y humana, de Jesucristo. Él es

verdaderamente hombre y Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad encarnada en una mujer humana

por obra del Espíritu Santo. Y es también Rey, como los héroes clásicos:

“Díjole, pues, Pilato: -“¿Conque Tú eres

rey?” Contestó Jesús: -“Tú lo dices: Yo soy rey”. (Jn. 18, 37). Y más que ningún rey homérico, es “pastor de

hombres”: “Yo soy el buen pastor. El buen pastor expone su vida por las ovejas” (Jn. 10, 11). Al respecto señala

el padre Castellani:

“ Pastor es el principal de los nombres que los profetas dieron del Cristo, del Ungido de

Dios. Aun cuando lo llaman Rey , que es el nombre más frecuente – Mesías en hebreo significa

Ungido , así como Christós en griego -, aluden de hecho a su condición de Pastor, puesto que los

antiguos llamaban a los reyes pastores de pueblos , como vemos en Homero” (32).

Pero Jesucristo no se limita a ser pastor, sino que es el “buen” pastor; más precisamente, el Pastor

Hermoso: “Egó eimí o poimeén o kalós ” (“Yo soy el hermoso pastor”). El adjetivo kalós está precedido de artículo,

por lo tanto es adjetivo atributivo y tiene valor de epíteto, es decir, indica una cualidad inherente al sustantivo que

acompaña(33). “Kalós” puede traducirse también como noble, glorioso, honesto, perfecto, excelente. Todos los

héroes épicos tienen un epíteto que los distingue.

8

Una expresión recurrente en el evangelio y con valor de epíteto épico es también el título “Hijo del hombre”

que Jesucristo se adjudica a sí mismo. Nuestro Señor se aplica las palabras del profeta Daniel en 7, 13:

*“Seguí yo mirando en la visión nocturna,
y vi venir en las nubes del cielo
a Un como Hijo de hombre...”*

En el contexto de la profecía de Daniel esta expresión equivale a “Mesías Rey” (34). Es, por tanto, un

epíteto de Jesucristo, puesto que señala el rasgo caracterizador de Su persona y de Su misión.

Cristo es kalós –hermoso- y es también agathós –bueno. El joven rico se dirige a Él llamándolo

“agathós”: “ -*Didáskale agathé* ” (“*Maestro bueno*”), y Jesucristo le contesta: “*¿Por qué me llamas bueno (agathós)?*

Nadie es bueno sino sólo Dios” (Lc. 18, 18 – 19). Por eso Jesucristo, siendo Dios, es el único que puede ser

l amado con propiedad “bello y bueno”, “kalós kaí agathós”, cualidades las más elevadas a que aspiraban los

héroes clásicos.

En cuanto a la *areté* caballeresca y a la vida *agonal*, puede afirmarse que Nuestro Señor “*ejerció la más*

alta caballería” (35). Los héroes procuraban durante toda su vida alcanzar –y mantener- la *areté*, la excelencia:

áristos (óptimo), es el superlativo de *agathós* (*bueno*). Pero de Jesucristo no se dice que fue *áristos* sino *téleios*

(cfr. Mt. 5, 48): “perfecto” (en el sentido de “pleno”, “completo”) ” , posiblemente porque la *areté* era *adecuación a*

un modelo arquetípico, y en el caso de Cristo, es Él el modelo “acabado” y “perfecto”. –Jesucristo, hombre

perfecto, realizó una obra perfecta, por eso en la cruz dijo: “*Tetélestai*”, “*Todo está consumado*”, del verbo *teleióo*,

“*consumar, completar*”, emparentado con el adjetivo *téleios*. Mientras los héroes procuraban *alcanzar* la

perfección, Jesucristo *era* la perfección. El carácter agonal de su vida en este mundo no radicó en la búsqueda de

su propia perfección sino en mostrar el camino de la perfección a la Humanidad, en rescatar a la Humanidad

caída. Y aquí aparece su carácter caballeresco, como en inmejorables palabras dice el Padre Castellani:

“Cristo se dio el lujo de salvar a una mujer [María Magdalena], que es la hazaña por

antonomasia del caballero; no sólo salvarle la vida, como San Jorge o Sir Galaad, sino

restablecerla en su honor y restituirla perdonada y honorada a su casa, con un nuevo honor que

solamente Él pudiera dar. En la caballería occidental, los dos hechos esenciales del caballero son

combatir hasta la muerte por la justicia y salvar a una mujer” (...) “Cristo se enamoró perdidamente

de la Humanidad perdida; y la vio como en cifra en una pobre mujer sobre la cual vertió

regiamente todas sus riquezas” (36).

Jesucristo salvó a la Humanidad porque Él es el único Príncipe y Salvador: “*Toúton o Theós Arjeegón kaí*

Sooteéra ýpsoosen...” “Y a Éste, como a Caudil o y Salvador, exaltó Dios con su diestra...” (Hechos, 5,31).

La entrada triunfal de Cristo en Jerusalén es una manifestación de su condición de caudillo o jefe, pues fue

realizada al modo en que los generales entraban victoriosos a Roma para celebrar su triunfo. Sólo que en este

caso, Nuestro Señor celebra su triunfo *antes* de la batalla final: “*Bendito el Rey - Basiléus- que viene en nombre*

del Señor” (Lc.19, 38). Toda su vida pública fue *agón*, fue lucha contra el demonio y lucha contra el fariseísmo; y

por eso muchos poetas han imaginado a Jesucristo como un jefe militar: como el Rey temporal cuya voluntad es

conquistar toda la tierra, que presenta San Ignacio en sus *Ejercicios Espirituales* (nº 91), o como el guerrero que

abraza la cruz, en la poesía anglosajona medieval:

[Habla la cruz] “*Vi entonces al Rey de la humanidad toda que valerosamente se precipitaba para ascender sobre mí (...) El joven guerrero –Dios, conductor de todas las cosas- se*

despojó de sus vestiduras, inmutable y firme; con gesto digno ascendió a la cruz en presencia de

la multitud para redimir a los hombres. Cuando el héroe me ciñó, temblé aterrorizada, pero me

faltó valor para inclinarme o caer: sin vacilaciones, debí permanecer firme. (...)Salpicada me sentí

con la sangre que el héroe manaba del costado cuando entregó su espíritu. (...) Muchos se

apresuraron desde lejos para acercarse al príncipe...” (37).

Del mismo modo, la caballería occidental encontró en Cristo el modelo de conducta; por eso don Quijote,

habiéndose corrompido la caballería, procuró devolverle su antiguo espíritu:

9

[Habla Sancho] “...*más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente*

y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora

las den a gigantes, ora a vestiglos o a endrigos.

-Todo es así –respondió don Quijote -; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los

caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo: religión es la caballería; caballeros santos hay

en la gloria.

-Sí –respondió Sancho-; pero yo he oído decir que hay más frailes en el cielo que caballeros

andantes.

-Eso es –respondió don Quijote- porque es mayor el número de los religiosos que el de los

caballeros.

-Muchos son los andantes –dijo Sancho.

-Muchos –respondió don Quijote-; pero pocos los que merecen el nombre de caballeros”. (38).

Don Quijote sale a *desfazer tuertos* y a rescatar doncellas y desvalidos porque

primero lo había hecho

Jesucristo: todo *agón* heroico - anterior o posterior a Cristo - tiene en Nuestro Señor el centro, pues no hubo otra

Agonía salvífica que la de Cristo. “*He combatido el buen combate*” – dice San Pablo en 2 Tim. 4, 7: “*tón kalón*

agoóna eegoónismai”. La vida del cristiano tiene carácter “agonal”.

Y puesto que Nuestro Señor es modelo del caballero *andante*, es indudable que también, como los

héroes, realizó su *itinerarium vitae*. El evangelista San Lucas, que fue meturgemán de Pablo y como él se había

educado en la cultura griega, escribió su evangelio en Roma destinado a los cristianos de la gentilidad. Lucas

ama al evangelio “el camino”: en los Hechos de los Apóstoles, libro también redactado por él, dice que Saulo

había pedido cartas al sumo sacerdote para ir a Damasco “*con el objeto de que, si hallaba algunos que siguiesen*

este Camino, así hombres como mujeres, atados los condujese a Jerusalén” (Hechos 9,2). Y en Hechos 18, 25

alude a un griego llamado Apolo que “*había sido instruido en el camino del Señor*”. Y en su evangelio, a lo largo

de diez de los veinticuatro capítulos que lo conforman, Lucas nos presenta a Nuestro Señor en permanente

camino: gran parte de su vida pública se desarrolla en un itinerario que tiene como meta Jerusalén, donde está la

“casa del Padre”, el Templo, y donde l evará a cumplimiento la misión por la cual vino al mundo.

Los gentiles, destinatarios de este evangelio, conocían los itinerarios heroicos de sus leyendas. ¿Lucas

habrá tomado ese tópico literario para la redacción de su evangelio? Es posible. En los Hechos de los Apóstoles,

Lucas relata el discurso de San Pablo en el Areópago: allí, frente a los atenienses, alude el Apóstol de los gentiles

a los poetas de los griegos (Hechos 17, 28). Conocedor de la cultura griega, la aprovechó como medio de

inculturación del evangelio. Cabe igual actitud en su repetidor Lucas.

Como los héroes paganos, Jesucristo es verdaderamente un *homo viator*: “Y aconteció que cuando se

*cumplían los días de su partida de este mundo, tomó Jesús la firme resolución de **encaminarse** a Jerusalén. Y*

*envió mensajeros delante de sí. Y puestos en **camino**...*” (Lc. 9, 51 –52); “*Es menester que hoy y mañana y al día*

*siguiente siga yo mi **camino***” [poréuesthai] (Lc. 13, 33). Aparece numerosas veces el verbo poréuoo “viajar”, en

expresiones como “*Mientras iban de **camino***” (Lc. 9, 57 -10, 38); “*Y pasaba por ciudades y aldeas enseñando y*

caminando** hacia Jerusalén*” (Lc. 13, 22); “Caminaban** con él grandes muchedumbres*” (Lc. 14, 25) y muchos

otros lugares.

El esquema del *itinerarium vitae* que señalamos para los héroes es válido también en Jesucristo.

En primer lugar, la “vocación o llamado” puede verse en la Anunciación, donde se señala la misión del

Cristo: *“He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será*

grande, y será reconocido como Hijo del Altísimo y le dará el Señor Dios el trono de David su padre, y reinará

sobre la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin” (Lc. 1, 31 –33).

La “preparación” se verifica durante toda su vida oculta: *“Y Jesús progresaba en sabiduría, en tal e y en*

gracia delante de Dios y de los hombres”. (Lc. 2, 52).

El “reconocimiento del terreno y salida a la acción”, en el Bautismo y en el ayuno en el desierto, donde

debió también vencer los primeros obstáculos con las tentaciones del diablo. Y en Nazaret, cuando en el inicio de

su vida pública señaló que la profecía de Isaías hallaba cumplimiento en Él (Lc. 4, 16 ss) y hubo de escabullirse de

sus *paisanos* que intentaron despeñarlo.

El “vencimiento de obstáculos” se da a todo lo largo de su itinerario, puesto que permanentemente los

fariseos procuraron tentarlo y ponerlo en dificultades. Como Odiseo, a lo largo de su camino Jesucristo va

visitando ciudades y teniendo diversos encuentros en los que muestra su poder, ya curando enfermos, ya echando

espíritus impuros, ya refutando a provocadores... Y como Odiseo a Atenea o en general los héroes a sus dioses

protectores, en el evangelio de San Lucas Jesús tiene también un “mentor”: el Espíritu Santo, que lo conduce

durante su itinerario e inspira sus acciones: “...se abrió el cielo y descendió el Espíritu Santo en figura corporal a

manera de paloma sobre él...” (Lc. 3, 22); “Y volvió Jesús con la fuerza del Espíritu a Galilea...” (Lc. 4, 14);

“Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y era conducido por el Espíritu al desierto...” (Lc. 4, 1). Y

también como Odiseo que al llegar a Ítaca toma su lugar de rey y echa a los pretendientes que habían invadido su

casa y la deshonraban día a día, Jesucristo, cuando llega a su patria –Jerusalén- luego de la entrada triunfal toma

posesión de su tierra como “Rey de Israel” y de su casa: el templo, que había sido convertido en “cueva de

ladrones”, y echa a los mercaderes que lo estaban profanando. (Lc. 19, 45).

Durante la pasión, “el camino de la cruz” o *via crucis* constituye un itinerario pleno de obstáculos y

encuentros y modelo de vida para los seguidores de Aquél que se llamó a sí mismo “el Camino”.

Hay un “pasaje por la oscuridad” en el Huerto de los Olivos: “Y entrando en agonía, oraba más

intensamente” (Lc. 22, 44). En cuanto al descenso “ad inferos”, Jesucristo baja al lugar de los muertos –que eso

significaba el término *infierno* en el mundo grecolatino- para “rescatar” a los justos que allí estaban esperando la

Redención. En contraste con los héroes paganos que, aunque descienden con esa finalidad, nunca pueden

rescatar del Hades a alguien ya muerto, Nuestro Señor saca de allí a los predestinados para la Vida Eterna. Él es

el único héroe que tiene poder sobre la muerte.

La última etapa, “muerte y resurrección”, halla en Jesucristo verdadero cumplimiento: “¿A qué buscáis al

vivo entre los muertos? No está aquí, sino resucitó. Recordad cómo os habló estando en Galilea, diciendo que el

Hijo del hombre había de ser entregado en manos de hombres pecadores y ser crucificado y al tercer día

resucitar” (Lc. 24, 5 –7).

El itinerario de Jesucristo culmina, como en los héroes clásicos, en *anagnórisis*: el buen ladrón lo

reconoce como el Mesías, “*Acuérdate de mí cuando vinieres en la gloria de tu realeza*” (Lc. 23, 42) y el centurión

que le traspasa el costado reconoce: “*Realmente este hombre era justo*” (Lc. 23, 47). Y luego de la resurrección,

se da a conocer paulatinamente a sus discípulos mediante *gestos y cicatrices*: María Magdalena lo reconoce

cerca del sepulcro (Jn. 20, 16); los discípulos de Emaús lo reconocen en la fracción del pan (Lc. 24, 35); los

apóstoles en el cenáculo ven sus manos y pies traspasados (Lc. 24, 40) y luego, Tomás toca las llagas de Cristo

(Jn. 20, 27).

Ahora bien: no todos los que debían reconocerlo así lo hicieron, de modo que todavía no se ha llevado a

cabo la *anagnórisis* definitiva, que está reservada para el fin de los tiempos: “*Entonces aparecerá en el cielo la*

señal del Hijo del Hombre, y entonces se lamentarán todas las tribus de la

tierra, y verán al Hijo del Hombre

viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gloria grande” (Mt. 24, 30).

Hasta que eso suceda –según advirtió el mismo Jesucristo en el discurso esjatológico de Mt. 24-, habrá

aparición de numerosos “falsos cristos”, pues la esperanza en un mesías temporal no dejará de confundir a los

hombres, como sucedió antes de Su primera Venida. Así como los hombres antiguos creyeron ver al Soter en

Alejandro Magno (que se decía descendiente de Zeus y se proponía como un Héroe salvador) o en Augusto –y

en todos sus sucesores merced a la divinización del Emperador romano-, del mismo modo aparecerán, hasta la

Segunda Venida, impostores que se pretenderán “Salvadores de la Humanidad”, hasta la manifestación del

Anticristo y su derrota en una batalla final:

“La fe asegura al cristiano que este aión , este ciclo de la Creación tiene su fin, que el fin

será precedido por una tremenda agonía y seguido de una espléndida reconstrucción”. (...) “Esta final agonía –en

el sentido etimológico de lucha suprema - pertenece al acervo dogmático o mitológico de todas las religiones

formadas; y en la cristiana está prenunciado y descrito –en Daniel Profeta, en el Sermón Esjatológico de Cristo y

en el libro final de la BIBLIA, la Revelación o APOkALYPSIS- con los colores más vigorosos y los rasgos más

fuertes que jamás lograra la facultad del verbo humano” (39).

Los pretendientes se habían apoderado del palacio de Odiseo y allí pasaban su vida deshonrando su

casa, holgando y de banquetes, bien creídos de que Odiseo “ya no volvería” convencidos como estaban de su

muerte. Pero Odiseo estaba *volviendo*, su legítima esposa *lo esperaba*:

[Odiseo a los Pretendientes] “*No creíais que volviese del pueblo troyano a mi morada y*

me arruinabais la casa, forzabais las mujeres esclavas y, estando yo vivo, cortejabais a mi esposa,

sin temer a los dioses que habitan el vasto cielo ni recelar venganza alguna de parte de los

hombres. Ya pende la ruina sobre vosotros todos” (Odisea, canto XXII).

11

Del mismo modo los hombres hoy en día están convencidos de que Cristo ya no vuelve, y su casa está

siendo deshonrada: pero su Esposa legítima –la Iglesia fiel- le guarda fidelidad y lo espera, porque Él es “o

Erjómenos”, “El -que –está -viniendo” (Ap. 1,8): “*He aquí que vengo –érjomai- presto, y conmigo está mi*

recompensa, para pagar a cada uno según sus obras” (Ap. 22, 12).

Después de la Anástasis y la Anagnórisis –Resurrección y Reconocimiento- y terminada su misión en este

mundo, realizó Jesucristo su *nóstos*: subió a los Cielos, habiéndonos dejado a los hombres trazado un Camino

hacia la casa del Padre: el camino de la Cruz - *via crucis*-, que Él ya había recorrido. Desde entonces, la *imitación*

de Cristo ha sido y es el único modo de salvación para la Humanidad. Él es el Arquetipo, el héroe paradigmático

por antonomasia, Él es la Causa ejemplar; así lo señaló su Madre, con las últimas palabras que ella nos legara en

la Escritura: “*Haced todo cuanto Él os diga*” (Jn. 2, 5).

CONCLUSIÓN

“La historia no parece tener sentido mirada desde el punto de vista del hombre. Hablamos de la historia

humana en su conjunto. Podrá tenerlo la historia de un hombre o de un pueblo, o de una civilización. Sin embargo,

la historia debe tener un sentido desde el punto de vista de Dios, Creador y ordenador del hombre” (40).

Historiadores de las religiones, antropólogos y etnógrafos han coincidido en señalar las semejanzas que

existen entre los relatos mitológicos y religiosos de los pueblos. Donde no coinciden es en la interpretación que

hacen de esas evidentes semejanzas. La explicación moderna más común consiste en atribuirle la

responsabilidad al *inconsciente* humano: “*Todo ser humano está constituido a la vez por su actividad consciente y*

sus experiencias irracionales. Ahora bien: los contenidos y estructuras del inconsciente presentan similitudes

sorprendentes con las imágenes y figuras mitológicas” (...) “*En la medida en que el inconsciente es el resultado de*

innumerables experiencias existenciales, no puede dejar de parecerse a los diversos universos religiosos” – afirma

Mircea Eliade (41). Sin embargo, es más inteligible la noción de un *Traditum* que recorre la historia desde el origen.

Desde que sabemos que las mitologías están preñadas de verdades, y que todas esas verdades parciales

apuntan hacia la Verdad, hacia el Logos, el Verbo por el cual todo fue hecho, no podemos sino sostener que la

historia de los hombres está dirigida por un Ordenador, por un Autor que ha dado a su obra un principio, un medio

y un fin, y ha colocado la clave de lectura de esa historia en un Libro. Libro que abarca toda la trayectoria de la

humanidad, desde el origen o *génesis* hasta el fin del mundo, en el *apocalipsis*. No hay otro relato que el Relato

divino: todas las obras compuestas por los hombres valen en la medida en que participan del gran Drama que se

contiene en la Biblia. Una obra literaria alcanza categoría de “obra de arte” solamente si es *religiosa*. Las grandes

creaciones artísticas de la Humanidad han sido siempre profundamente religiosas; en el ámbito profano no puede

darse la auténtica *creación*, que es siempre analogía de la obra creadora de Dios: allí sólo se “profana” el arte.

Por eso los antiguos le amaban “divinos” a los poetas, y creían que era obra de los dioses la poesía que

aquellos, posesos, recitaban. Y era común que sus poetas fueran ciegos para la realidad de este mundo -como

Demódoco (etimológicamente: “el que educa al pueblo”), el de la corte de los feacios- pero *videntes* de las

verdades superiores, y por eso los llamaron *vates*, es decir, profetas. Homero, cuyo nombre significa “El que no

ve”, vio mucho más que los pseudopoetas actuales y colocó como motor – *Deus ex machina*- de su historia al

Padre Zeus, cuyas palabras al final de la Odisea, ya castigados los traidores, no pueden ser más cristianas:

“Puesto que el divinal Odiseo se ha devengado de los Pretendientes, inmólese víctimas y

préstense juramentos de mutua fidelidad; tenga aquél siempre su reinado en Ítaca; hagamos que

se olvide la matanza de los hijos y de los hermanos; ámense los unos a los otros, como antes; y

haya paz y riqueza en gran abundancia”. (Odisea, canto XXIV).

También nosotros esperamos el regreso del Héroe que nos traerá la paz.

12

13

CITAS BIBLIOGRÁFICAS

(1) Borges, Jorge Luis. Arte poética, En: El Hacedor.

“Cuentan que Ulises, harto de prodigios,

lloró de amor al divisar su Itaca

verde y humilde...”

(2) del griego *nóstos* (“regreso”) + *algós* (“dolor”).

(3) Eliade, Mircea. Lo sagrado y lo profano. 2ª ed. Madrid, Guadarrama, 1973, p. 88 –9.

(4) Tema desarrollado en nuestro trabajo *Cristóbal Colón y la búsqueda del Paraíso*.

(5) Eliade, Mircea. El mito del eterno retorno; arquetipos y repetición. Madrid /Buenos Aires, Alianza/ Emecé,
1972.

(6) Galbiati, E.; Piazza, A. Páginas difíciles de la Biblia (Antiguo Testamento). 2° edición. Buenos Aires,
Guadalupe, 1959, pág. 30.

(7) Castellani, Leonardo. Jauja. En: De Kirkegord a Tomás de Aquino. Buenos Aires, Guadalupe, 1973, pág. 264.

(8) Kirk. Los poemas de Homero. Buenos Aires, Paidós, 1968.

(9) Castellani, Leonardo. El Evangelio de Jesucristo. Buenos Aires, Dictio, 1977 -Introducción y Evangelio del

Advenimiento (I)- cuya lectura recomendamos vivamente, y también Psicología humana. Mendoza, Jauja,

1997 – Cap. IV.

(10) Eliade, Mircea. Lo sagrado y lo profano. Op. Cit. Pág. 170.

(11) Larrañaga de Bullones, Hortencia. Aquiles, héroe de héroes. En: Revista de Estudios Clásicos. Universidad

Nacional de Cuyo. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Lenguas y Literaturas Clásicas. Mendoza, n° 22,

años 1991 –1992, pág. 66 –67.

(12) Jaeger, Werner. Paideia; los ideales de la cultura griega. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993,

pág. 24.

(13) Ibídem. Pág.21.

(14) Ibídem. Pág. 33.

(15) Sófocles. Edipo rey, v.31 -33.

(16) Homero. La Ilíada. I, 263; II, 85 , 108, 777, etc.

(17) Ibídem. Canto I.

(18) Sófocles. Edipo rey, v. 47 –48.

(19) La Eneida de Virgilio es épica literaria, es decir, de composición escrita y no oral –de ahí que se divida en

“libros” y no en “cantos” o “rapsodias” como los poemas homéricos- pero su estructura y recursos literarios

corresponden al molde homérico en el que se inspiró. El argumento, además, ha sido tomado del ciclo épico

de Troya y de las tradiciones y leyendas sobre los orígenes de Roma que recogió de la poesía tradicional y de

la épica de su pueblo.

14

(20) Homero La Odisea. Canto XIX.

(21) Coulson, Graciela. Marechal: la pasión metafísica. Buenos Aires, Fernando García Cambeiro, 1974, pág. 76.

(22) Puede ser el Infierno cristiano, como en Dante; o un infierno simbólico, como la Oscura Ciudad de

Cacodelphia de Marechal; puede ser una caverna o una cueva, como la cueva de Montesinos del Quijote, o el

caos, como la tierra de infieles o tolderías de Martín Fierro, o puede tratarse del infierno que subyace en la

psiquis humana del psicoanálisis, y tantísimos más.

(23) Castellani, Leonardo. El Evangelio de Jesucristo. Buenos Aires, Dictio, 1977 –Introducción, pág. 19. El

subrayado es nuestro.

(24) Junto con el contenido mítico, el mismo término “mito” sufrió una desementización: de significar “verdad

revelada”, historia primordial, pasó a significar simplemente relato, historia, hasta convertirse en sinónimo de

fábula, ficción, creencia sin soporte científico: en la actualidad se lo utiliza comúnmente en los medios de

comunicación con el valor de “mentira” o, más atenuado, con el significado de creencia supersticiosa. Es

común encontrar la antinomia “mitos y verdades” en relación con cualquier tema.

(25) Calderón Bouchet, Rubén. La ciudad griega. Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1998, pág. 30 –31.

(26) Pieper, Josef. Sobre los mitos platónicos. Barcelona, Herder, 1984, pág. 31.

(27) Son numerosas las cosmogonías: entre los griegos, la Teogonía de Hesíodo que recrea Ovidio en sus

Metamorfosis. En estas obras aparece la creación del hombre (mito de Prometeo), la caída original con la

presencia de una mujer que acarrea la desgracia (Pandora), el diluvio universal, que puede leerse como

calcado de la Sagrada Escritura también en la Epopeya de Gilgamesh, obra épica asirio –babilónica del s.

XXV a. C., la más antigua de la humanidad. También hay relatos de los pigmeos

sobre la caída original, y

hasta entre nuestros mapuches pueden hallarse textos similares.

(28) Buisel de Sequeiros, María Delia. Sobre la identidad del puer en la Égloga IV. En: Actas del VII Simposio

Nacional de Estudios Clásicos. Asociación Argentina de Estudios Clásicos. Buenos Aires, 1982, pág. 102.

(29) R.P. Lic. Mengelle, Ervens, I.V.E. La fe en Hebreos 11, 1-7 (Trabajo de tesina para la obtención del grado

académico de Licencia en Sagrada Escritura). Instituto Bíblico Pontificio. Facultad Bíblica. Roma, 1997, pág.

21.

(30) Calderón Bouchet, Rubén. Religión y civilización. Pág. 45, mecanografiado.

(31) Calderón Bouchet, Rubén. Ibídem.

(32) Castellani, Leonardo. El Evangelio de Jesucristo. Op. Cit. Pág. 208.

(33) Se denomina en retórica *epíteto* al adjetivo antepuesto al sustantivo, es decir, en posición atributiva. En griego,

es atributivo el adjetivo colocado entre el artículo y el sustantivo o pospuesto al sustantivo y precedido de

artículo, como sucede en la expresión analizada. También se denomina *epíteto* el rasgo caracterizador de

seres u objetos que aparece en el género épico: el *prudente* Odiseo, las *cóncavas* naves, Aquiles *el de los*

pies ligeros.

“La cualidad destacada por el epíteto puede ser la más generalmente reconocida o estimada en el ser,

idea u objeto designado por el sustantivo. La poesía grecolatina y su heredera del Renacimiento usaron

preferentemente este género de epítetos. Se creía en la perfección de la Naturaleza: la poesía debía reflejarla

pintando lo arquetípico, lo que en cada caso poseía en mayor grado la cualidad deseable: el adjetivo era,

pues, la marca de perfección con que iba señalado cuanto entraba en terreno poético”. Lapesa, Rafael.

Introducción a los estudios literarios 16ª. Ed., Madrid, Cátedra, 1986, pág. 49.

(34) Cfr. La Santa Biblia t.II. Versión de Mons. Juan Straubinger. Nota a Mateo VIII, 20; y Galbiati, E.; Piazza, A.

Páginas difíciles de la Biblia (Antiguo Testamento). 2º edición. Buenos Aires, Guadalupe, 1959, pág. 315:

15

“...Jesús ha preferido llamarse de ordinario con el nombre de “Hijo del hombre”, antes que con el término

“Mesías”, que quizá hubiera lisonjeado las esperanzas del nacionalismo judío”.

(35) Castellani, Leonardo. El Evangelio de Jesucristo. Op. Cit. Pág. 43.

(36) Ibídem. Pág. 43 –44.

(37) El sueño de la cruz. En: Poesía medieval inglesa. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pág.

37 –41. Poesía anglosajona adjudicada a Cynewulf; su autor era de Nortumbria. Existen dos versiones, una de

principios del siglo VIII y la otra, del código de Vercelli, de fines del siglo IX. El subrayado es nuestro.

(38) Cervantes Saavedra, Miguel de. Don Quijote. II, VIII.

(39) Castellani, Leonardo. Visión religiosa de la crisis actual. En: Cristo ¿vuelve o no vuelve? Buenos Aires, Dictio,

1976, pág. 285.

(40) Meinvielle, Julio. El comunismo en la revolución anticristiana. 4º ed. Buenos Aires, Cruz y Fierro, 1982, pág.

25.

(41) Eliade, Mircea. Lo sagrado y lo profano. Op. Cit. p. 176 –177.